

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

IV

Ya mediados de Mayo de 1897 me vine resuelto a la conquista de Santiago, me vine confiado a mi buena suerte y en mi pluma. Este era todo mi tesoro. Me presenté a *La Ley* a pedir una ocupación, la que me había prometido, seis meses hacía, por carta, su director don Juan Agustín Palazuelos. Por desgracia, éste había sido sepultado dos días antes de mi llegada. No obtuve, por de contado, sino promesas de que me comprarían un artículo a la semana por *cinco pesos*.

Conocí desde el primer momento al redactor en jefe, Ramón L. Carvallo, al segundo, Jorge E. Guerra. En las demás reparticiones del diario estaban Emilio Rodríguez Mendoza, Robinson Bascur Rubio, Eduardo Grez Padilla y Guillermo Otero. Cabrera Guerra, jefe de la redacción noticiosa, me llevó a su casa de pensión, desde la primera noche de mi llegada. A Bascur Rubio ya lo había conocido en su viaje de propaganda en Los Angeles por la independendencia de Cuba.

Al principio todos estos personajes me miraron con gran curiosidad, como una cosa rara. Me presentaban como tal, a los visitantes, que eran muchos en la noche. Así conocí a otros colaboradores de *La Ley*, al ciego Oliveira, a Ventura Fraga, a un señor Rojas y Rojas que escribía bajo el rubro de «Yun-

que, y entre los diputados al pobre Carlos T. Robinet que ingenuamente me dijo al serle presentado:

—¡Pero qué jovencito es Ud, y ya ha metido tanta bulla! Yo lo creía un viejo...

Pronto vine a conocer la mentalidad de mis nuevos compañeros: en materia literaria eran completamente refractarios a las innovaciones que yo practicaba; se burlaban denodadamente de ellas. Esto me asombró y me desconsoló, porque vi bien que dentro de la misma casa tendría que luchar. Y cuando conocí a otros escritores y poetas más refractarios aún al modernismo, que dejaban de oro y azul a Rubén Darío y que negaban el agua y el pan a quien, como yo, le defendía y justificaba por el remozamiento lírico que tan brillantemente había emprendido, me convencí de que yo había llegado en el punto y hora señalados por el Destino para ser el portaestandarte de la renovación literaria, y que, por ende, con ánimo esforzado y corazón varonil debía ir adelante, yo el primero en este *práctico* Chile.

Eran muy curiosas las especies que del modernismo se propalaban en esta capital, dictadas, casi todas, evidentemente, de mala fe. Y no eran pocos entre los escritores de aquel tiempo, los que estaban completamente ayunos de la renovación rítmica y para quienes las nuevas tendencias literarias se resumían en estas dos fórmulas: *descoyuntamiento* de la métrica y abuso de los vocablos exóticos y de la mitología. Se enfurecían contra lo que ellos llamaban el gongorismo y—¡oh extremos del sectarismo!—odiaban a los poetas nuevos y lanzaban contra ellos sus flechas envenenadas y los más rechinantes dicterios... El nombre de Rubén Darío tenía la virtud de exasperarlos. ¡Y pensar que estos mismos que gritaban contra él ¡anatemá! fueran después, años andando, los que tuvieran que cantar la palinodia!

A. de Géry, que escribía entonces unas «Crónicas Semanales» en *La Ley*, en estilo fácil y pintoresco, casi con la misma galanura que el modernismo pedía, era el que gastaba mayor virulencia en las tertulias del diario contra los mal llamados decadentes. Lo asombroso para mí era que Emilio Rodríguez

Mendoza, que había publicado en 1895 un pequeño libro, «Gotas de Absintio», prologado por el mismísimo Rubén Darío, fuera el que más terriblemente atacara la nueva escuela. Después supe que el prólogo le había disgustado porque en él se decía que «habría que recordar al que trajo a Chile la gallina de los huevos de oro». Lo que habría sido equivalente a decir que el autor de «Azul» había señalado en este país las nuevas normas de la prosa a A. de Géry.

Y sucedió que a las pocas semanas tuve yo mismo que dar una lección, la primera, a este señor. He aquí como fué: Publiqué en *La Ley* mi «Rapsodia»:

De las tierras lejanas del sur vecinas al polo
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira
una virgen brumosa canción que llora y suspira.

¡Oh! qué bella es mi tierra insular que envuelve la bruma
como un peplo liznado de azul, de nieve y espuma.
En sus frondas el rayo del sol entibia los nidos
que alborozan el Alba al nacer y rondan perdidos
los alientos del austro polar que va en los capullos
de los mirtos dejando un rumor, endechas y arrullos,
de su mágico y blando laúd. ¡Qué bella es mi tierra!
Es la virgen que escucha del mar el himno que encierra,
melancólico y bravo, la voz de todas las ninfas
que en góndolas de oro y azul recorren las linfas
en las noches plateadas de Abril, luciendo sus flancos
como un nâcar de carne auroral, rosados y blancos.

Hay un arpa en las Islas del Sur, un arpa seráfica.
Su cordaje una ninfa polar lo tejió; su mágica
voz las auras le dieron; el sol la estrofa suprema
arrancó de sus cuerdas, el Rey de blonda diadema.

Florecieron al flébil rumor laureles y lumas,
los jilgueros batieron sin fin sus líricas plumas:
se bañaron las ninfas en luz, las reinas del piélago,
como un soplo divino cruzó por el Archipiélago.

Al nacer esa trova escuché. Su olímpica nota
una sílfide ignota me dió. Es risa que puebla
el país de la niebla; cantar que lleva una rima
que los pechos anima, cual voz de alegre clarín
que triunfante culmina un tritón o un regio delfín.
Cuando alegre yo canto la doy cantando las brumas
de las blancas espumas del mar, fulgente y sonoro,
con sus láminas de oro de Ofir, magnífico hosanna
a la Isla lejana del Sur que vió al trovador
allá al pie de una tumba sin cruz llorar su dolor.

Breves días después Emilio Rodríguez Mendoza dió a luz
un artículo tan indigno contra los modernistas americanos, que
me movió a salir a la defensa en el mismo diario y con el
beneplácito de los directores. Ésta es:

«BREVÍSIMA RÉPLICA

(A cierta Croniquilla)

«A. de Géry es todo un valiente.

«Ha puesto, hace poco, de oro y azul a los literatos jóvenes
de América y les ha lanzado al rostro como una puñada el
anatema, la palabra horriblemente fatídica: ¡*Decadentes!*

«Yo no creo que con exactitud pueda motejarse con este vo-
cablo a la pléyade de jóvenes escritores americanos. Puede que
sean, sólo hasta cierto punto, imitadores de los novísimos lite-
ratos y poetas tildados de decadentes y degenerados en la

siempre joven y fecunda Lutecia; pero no son los serviles copistas de sus defectos y exageraciones.

«Y no se hace de ninguna manera obra buena, obra justiciera, para con los americanos que se dedican al Arte, al lanzarles pullas y denuestos de todo punto sin justificación.

«Cierto es que ellos aún no tienen ese atildamiento en la frase, esa galanura en el decir, propios de los maestros, fruto de largos estudios y de larga práctica; como también no es menos verdadero que los que hoy en América cultivan las bellas letras, son todos mozos de ingenio que lograrán sobresalir y ser timbres de honor en la literatura de este continente. ¿A qué entonces zaherirlos cuando principian? ¿A qué esas acerbas críticas, si merecen tal nombre? Se comprende, por ejemplo, la de Anatole France, la de Bourget, esa crítica amplia, artística; pero no esa otra estrecha y rutinaria a lo Clemencín y Valbuena que pone los puntos sobre las ies y subraya voquibles; porque ella me parece inspirada por pasiones poco elevadas, acaso la envidia y la impotencia.

«Yo me atrevería a llamar a los jóvenes literatos americanos, *precursores* que no decadentes; *precursores* de un arte nuevo, de un arte robusto y fecundo, del arte del porvenir que ha de ser como la síntesis de todas las bellezas por ahí diluidas y dispersas en las escuelas modernistas que se disputan la primacía; el cual, condenando las exageraciones, quemando los bagajes inútiles, ha de ser más humano, más racional, ha de traducir todos los ideales, todas las aspiraciones de la humanidad que piensa y que lucha por conquistar lo bello y lo bueno en verdad; el cual ha de ser reflejo exactísimo de los estados sociales y psicológico de los pueblos y de las razas.

«Y a estos precursores ¿por qué Géry los llama decadentes, a estos escritores muy dignos de aplausos? ¿Acaso porque han abusado del vocablo exótico? No niego que esto sea censurable.

«Pero hay que convenir en que es necesario, hoy por hoy, dar a la frase cierto brillo y cierta novedad, cierto ritmo y cierta cadencia que la distinga del sobajado párrafo de gace-

tilla diaria. De otra manera jamás la página literaria, o la que presume de tal, tendrá algo de artística.

«Sí; antes que todo hay que hacer Arte. Y no hay que olvidar que del abuso de las palabras exólicas resulta, casi siempre, un enriquecimiento de la lengua. Góngora hizo mal e hizo bien. (Esto lo demostraré en otra réplica).

«La verdad es que la crítica (no sé si sería mejor no llamar así ese artículo) de Géry en la cual me ocupó, es muy amarga. De los que presiden hoy en este continente el renacimiento literario, no creo que haya alguno que sea *estólido, ratero de publicidad, gandul, vagabundo, copatuno*, etc., etc., como se les dice en esa Croniquilla. Por cierto que a Rubén Darío no alcanza eso. ¿Y cómo había de decirlo de él cabalmente el mismo que le solicitó un prólogo para cierto libro que anda por ahí? ¿Va eso, acaso, contra Lugones, o Valencia, o Nervo o Chocano, cuyos ingenios y talentos ya no se discuten porque se han impuesto a la turbamulta, a los caricaturistas del cuento francés?

«Yo aseguro a Géry que Leopoldo Lugones no es socialista porque se haya leído un almanaque anárquico. Su ilustración y sapiencia superan con mucho a las de cierto revistero que conoce los libros y los nombres ilustres en las esferas del Arte, sólo de oídas.

«Comprendo que en Europa se censuren las exageraciones de los «decadentes» que torturan como en un potro el idioma y que son laberínticos a fuer de querer ser originales. En América, donde no hay *decadentes* en el recto sentido de la palabra, toda censura es una estocada al aire. Por regla general, los jóvenes literatos americanos no están afiliados en ninguna capilla. No sería, tal vez, desacertado apellidarlos *eclécticos*, salvo López Penha, el colombiano. Yo los llamo «precursores», desde que no creo que la poesía ha muerto con Hugo ni la bella prosa ha de ser enterrada al fin de esta centuria. (Si mal no recuerdo, Mallarmé dijo algo parecido).

«Creo conveniente advertir antes de terminar, que me desentiendo de muchos conceptos equivocados que en la Croniquilla

de mi referencia se estampan. Queda replicado lo que en ella había que replicar.

«Si quiere Géry dilucidar tópicos referentes a las escuelas literarias hoy en auge, le aconsejo, para en adelante, mayor templanza de ánimo y más corrección en el lenguaje. Y si no sale a romper lealmente una lanza en este torneo a que le provocho, he de creer que aún, para él, no ha llegado la hora de ese torneo».

Rodríguez Mendoza no contestó; pero tampoco volvió a acometerme. Nuestra camaradería, desde entonces, a través del tiempo y las distancias, nuestra camaradería intelectual ha continuado apaciblemente. Y yo soy el primero en reconocerle y aplaudirle por la labor que ha realizado en la literatura nacional. El, al obsequiarme el año 99 su novelita «Ultima Esperanza» me decía *paladín del decadentismo* en Chile. Y añadía: «Con el cariño y la admiración del Autor».

Si en A. de Géry había yo encontrado una no muy agradable acogida, en cambio el poeta Samuel A. Lillo, a quien fui presentado por el eminente profesor universitario don Valentín Letelier, me recibió con la más franca simpatía. Era el poeta inspector en la Escuela de Derecho y ésta ocupaba el edificio en que hoy está el Liceo de Niñas N.º 3, en Delicias. Casi todas las tardes las pasaba con él y hacía once con los distintos profesores universitarios, departiendo con la mayor cordialidad con tantos hombres ilustres. Así ellos me honraron que yo no olvidaré nunca los nombres de magistrados tan respetables como don Leopoldo Urrutia y don Galvarino Gallardo, que alcanzaron a presidentes de la Corte Suprema, ni a don José Antonio Lira, don Francisco Noguera, etc.

Lillo no ha cambiado con el tiempo. Hoy que es pro-rector de la Universidad y que ha alcanzado otros muy merecidos honores, igual bondad de corazón y magnanimidad de espíritu le distinguen. Si él ayer fué mi voz de aliento, mi defensor ante

los émulos y los envidiosos, si me confortó en mis desfallecimientos, si restañó las heridas que me hicieron enemigos perversos, hoy del mismo modo es mi amigo fraternal; y yo he sido el heraldo y proclamador regocijado de sus triunfos y he roto lanzas, que este era mi deber, en la cabeza de los muleteros que intentaron apedrearle.

Recuerdo aquellas tardes de invierno que tienen en la memoria, ya que pasaron, una apacible dulcedumbre. Desde nuestros sillones mirábamos, a través de la ventana, caer la lluvia fina, larga, continuada y triste. Los carruajes pasaban en la calle, rápidos y ruidosos, tirados por escuálidos jamelgos que trotaban a los implacables fustazos de los aurigas. Los transeúntes al pasar, por la ventana nos miraban rápidamente, alguno como si envidiara nuestra contemplación beatífica. De improviso se interrumpía el silencio con una estrofa dulce y musical de Samuel, o con la irrupción brusca del joven empleado a quien llamaban el *General*, grandísimo hablador que tenía la facultad terrible de discutir incansable sobre los temas más variados y contradictorios. ¡Terrible General! Aún me parece oír los consejos que con aire de protección me daba sobre poesía y arte, que no entendía palotada. Jamás se pronunció la palabra *decadente* con más inflada y hueca petulancia y fatuidad despreciativa como la dijeron los labios de este sedicente y nuevo Juan Pico de la Mirándola.

Una de esas tardes, el poeta Lillo quiso que le escribiera unos versos en el álbum de su hijita María, una guagüita entonces. Acaso admiraréis la sencillez de esta poesía inédita hasta hoy, si tenéis presente que la compuse en lo más reñido del entrevero de mis campañas líricas. He la aquí:

INOCENCIA

Sus ojos azules, sus rizos de oro,
brillando en la alcoba nupcial.
Besando los ojos, el novio a la novia, la dijo:—Te adoro.
Y un ángel lloraba de pie en el umbral.

—¿Qué pena te aflige? ¿Quién eres? ¿Qué lloras,
oh! ángel de alas de azul!
—Yo soy la inocencia y lloro mis blancas y muertas auroras.
Hirióme en un beso de Amor la segur.

—No llores—la dijo la dulce Esperanza—
que así lo ha querido el buen Dios;
desplega las alas sutiles de nácar, los cielos alcanza;
yo quedo en la alcoba velando a los dos.

* * *

Después una cuna chiquita en la alcoba,
la risa de algún serafín...
Ha vuelto Inocencia gorjeando su agúu. La madre se arroba:
¡tan dulce es la risa de aquel serafín!

El original de esta poesía, el papel amarillento, tiene al fin
la fecha y se lee en seguida: *Palacio de Verano*. Com-
prenderéis la resignada ironía si os refiero que en
aquel tiempo vivía en un muy humilde cuartito
de la casa de pensión, a la entrada de
la calle Santa Rosa...